El sentido común nos dice que la luz viaja por el espacio hasta que topa con un objeto material y se “detiene” a iluminarlo. Ya sea como onda o partícula, a una velocidad inapreciable, la luz en sí misma es invisible salvo cuando impacta contra el mundo físico y se hace presente a nuestros ojos.

Pero ¿quién no ha experimentado una sensación lumínica en alguna ocasión con los ojos cerrados o a oscuras? Esto puede parecer extraño pero al prestar un poco de atención nos damos cuenta de que ocurre de diferentes maneras. Puede producirse por la estimulación de la retina al frotar los ojos, por un fuerte impacto físico o debido a la experimentación con plantas sagradas o químicos. Por muy sutil que sea esta experiencia lumínica no procede de un punto de luz externo, como el sol o un LED, si no de nosotros mismos.

La pintura nos muestra toda una Historia de experiencias que trascienden la concepción materialista de la luz. Las auras del Greco, la vibración de los tonos de Odilon Redon, las figuras espectrales de Daniel Richter o la presencia de la muerte en los cuerpos de Miriam Kahn. A través de estos lenguajes podemos imaginar un cuerpo trascendiendo lo físico y la luz parece no encontrar límites.

Mi trabajo fotográfico parte de esta concepción de la luz como fenómeno trascendente, es decir, observándola como un hecho que va más allá de lo físico. Estas experiencias son transitorias, evanescentes y no se pueden registrar a través de una cámara pero sí evocarlos por medio de la imagen como ocurre en la pintura. Por eso llevo mi lenguaje fotográfico a esas otras formas y atmósferas donde imaginar estos fenómenos. Mi motivación es explorar la dificultad humana para reducir lo que vemos a un mero hecho físico y por ello trabajo a menudo en los límites de la percepción, evocando una realidad que nos supera.